

CORSARIOS Y PIRATAS DE LA REVOLUCION FRANCESA EN LAS AGUAS DE LA EMANCIPACION HISPANOAMERICANA

Carlos Vidales

Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad de Estocolmo

INTRODUCCION

Este trabajo forma parte de un estudio más amplio: al investigar las relaciones entre Suecia y América Latina durante la época de la independencia hispanoamericana (1810-1830), he hallado en los archivos suecos documentación sobre las actividades de los corsarios republicanos en aguas de las Antillas, y sobre la política que las potencias coloniales aplicaban con respecto a tales corsarios.

Muchos franceses se destacaron en las huestes de estos guerreros del mar, lo cual no debe sorprender. Todas las guerras que se libraron en la región a lo largo del siglo XVIII y las dos primeras décadas del XIX fueron hechas con el concurso del corso, y Francia participó en todas ellas; los grandes comerciantes de todas las colonias antillanas eran, en tanto que propietarios de navíos, también armadores y patrocinadores de corsarios; y además, la Revolución Francesa fue en las Antillas, en una gran medida, una *guerra de corso*, y los revolucionarios que luchaban en el mar con patentes expedidas por el legendario Víctor Hugues crearon una tradición que se continuó a lo largo de tres ge-

neraciones de marinos: *la primera* fue la del ciclo revolucionario; *la segunda* fue la del ciclo napoleónico; y *la tercera*, de la cual me ocupó en este trabajo, fue la del ciclo de la independencia hispanoamericana.

Aquí me limitaré a trazar un bosquejo muy general, comentando algunos casos particulares ilustrativos. La expresión "corsarios y piratas" en el título merece una explicación. Cuando estos hombres podían eludir el control de los gobiernos que les habían otorgado patentes, realizaban con frecuencia actos de piratería atacando naves neutrales, y entonces las colonias de las Antillas eran buenos lugares para vender o trasbordar el botín, que luego se distribuía por medio de contrabandistas y comerciantes locales en toda la región. Pero es imposible también hacer aquí un recuento a fondo de lo que ocurría en todas esas colonias. Me limitaré por tanto a comentar algunas situaciones producidas en San Bartolomé y su islote de La Fourchue, minúsculos enclaves de las pequeñas Antillas, pero muy importantes bases de operaciones para corsarios, piratas y contrabandistas en la época que nos interesa. Poder documentar estas actividades clandestinas es útil, me parece, para poner en evidencia la red de intereses políticos, militares, comerciales e ideológicos que fueron puestos en acción recíproca por nuestras guerras de independencia, y cómo participaron los corsarios herederos de la Revolución Francesa en esa red de intereses.¹

EL CARACTER CAMBIANTE DEL CORSO HISPANOAMERICANO

En 1817 escribía Manuel Palacio Fajardo: "En los mares americanos patrullan numerosos corsarios armados por los gobiernos independientes de México, Venezuela y Buenos Aires. La mayoría de ellos están bajo las órdenes inmediatas de tres oficiales: Bríón, de Venezuela; Taylor, de Buenos Aires; y Aury, de México. Los corsarios cruzan por el golfo de México, entre las islas de las Indias occidentales, las Azores, y llegan hasta las cercanías de Cádiz".²

La realidad era más complicada. Muchos corsarios izaban cualquier bandera, según la ocasión: para asaltar una nave lusitana sin ser por ello acusado de piratería, se enarbolaban los colores de Artigas, en guerra contra los portugueses; un corsario colombiano podía estar interesado en saquear un barco neutral, y para no sufrir el castigo de su propio gobierno mostraba el pabellón de Aury, quien de esta manera cargaba con culpas ajenas³; y no faltaba quien hiciese ondear la bandera francesa para hacer creer a sus víctimas que se trataba de una nave amiga, y luego, al iniciar el ataque, mostrar tantas banderas distin-

tas que resultaba imposible saber la nacionalidad del agresor. Tal fue el caso del francés Pedro D'Autant (o Doutan), corsario al servicio de Artigas entre 1817 y 1819, y más tarde bajo el pabellón de la Gran Colombia.⁴

Porque, además, los corsarios cambiaban de patente casi con la misma facilidad con que los caballeros medievales cambiaban de señor. A veces ello era absolutamente necesario, debido a la muerte del señor: cuando el Estado Soberano de Cartagena cayó aplastado por las fuerzas españolas, en 1815, sus corsarios — casi todos ellos franceses — quedaron sin bandera que legitimara sus actos, y se vieron expuestos a ser perseguidos por todas las potencias como una banda de piratas. Como se sabe, ellos se dividieron, poniéndose una parte a las órdenes de Bolívar, y yéndose otros con Luis Aury y el pabellón mexicano. Los corsarios de Artigas se encontraron también sin señor al producirse el ocaso del *Protectora* fines de 1820 y, en su mayoría, entraron a servir a la Gran Colombia.

FRANCESES Y NORTEAMERICANOS

Todas estas "transferencias" eran ya una vieja práctica en el Caribe. Si hablamos de los franceses, bastará recordar que ellos combatieron con su propio pabellón durante la Revolución, a las órdenes de Víctor Hugues y de los Lafitte. La ocupación de las islas francesas por la flota inglesa entre 1811 y 1813, creó las condiciones para que hombres como Aury, Bellegarde, los Lafitte o Ducoudray-Holstein ofrecieran sus servicios a los patriotas de Cartagena; y luego, la derrota del Emperador en 1815, con la consiguiente oleada restauradora, dio a la revolución hispanoamericana nuevas huestes de corsarios procedentes de las colonias francesas. Fácil es comprender la enorme pasión política e ideológica de estos hombres: en 1815, cuando el comandante Persat asistió en Charlestown a un festín de corsarios reclutados al servicio de Colombia por su compatriota Gustavo Villaret, el ya famoso capitán Charles Bernard (quien llegaría a ser uno de los más notables oficiales de Aury) brindó con el grito de "*¡A la salud del Emperador!*" y todos, "franceses, ingleses, americanos, italianos, negros y mulatos" iban a brindar con él, cuando el ciudadano Picault exclamó: "*¡Yo no bebo a la salud de los tiranos!*" Entonces Bernard, iracundo, lo tomó del cuello violentamente increpándolo con furia: "¡Bribón, aprende que yo he servido a la República mejor que tú; pero he servido también al Emperador y no aceptaré jamás, en ningún lugar ni en ningún tiempo, que se insulte ni a la una ni al otro!"⁵ Es pertinente recordar aquí, para subrayar la fuerza de las motivaciones ideológicas de algunos franceses, que Agustín Gustavo Villaret, re-

clutador de legionarios y comandante en jefe de la escuadra patriota durante la Expedición de los Cayos, se retiró silenciosamente del servicio sin reclamar pago ni honor alguno.⁶

El otro grupo de participación masiva en el corso republicano fue el de los norteamericanos. Aunque aquí no me ocuparé de este contingente, es imprescindible un comentario. Los Estados Unidos tuvieron su *edad de oro del corso* entre 1775 y 1815, es decir la época que abarca desde su independencia hasta el fin de las guerras napoleónicas.⁷ A diferencia de Francia, los Estados Unidos estaban en condiciones de sacar beneficios inmediatos del corso hispanoamericano: sus puertos, especialmente Baltimore, Norfolk, Portsmouth y Philadelphia, eran sedes de agencias expendedoras de patentes de Buenos Aires, la Banda Oriental, México y la Gran Colombia; las presas eran llevadas a esos puertos frecuentemente, gracias a que contaban allí con tribunales complacientes; los barcos se fabricaban y armaban allí; las tripulaciones se reclutaban también allí, y las manufacturas norteamericanas eran masivamente exportadas por los corsarios, a precios muy convenientes. No es de extrañar que los comerciantes de Baltimore financiaran expediciones como la de Francisco Javier Mina y Luis Aury sobre México o, más tarde, la de Ducoudray-Holstein contra Puerto Rico.

LOS FRANCESES DE AURY Y DE BOLIVAR

Ahora bien, el corso hispanoamericano tiene dos períodos bien definidos: el de las primeras repúblicas (1810-1815), con participación casi exclusiva de franceses para los casos de Venezuela y Cartagena; y el de las guerras de independencia y consolidación de los nuevos estados (1816-1828). Los años de mayor actividad corsaria, los de la *edad de oro* del corso hispanoamericano son los de 1816 a 1823: es decir, desde los preparativos de la célebre Expedición de los Cayos, el inicio de la flota de Luis Brión y de las grandes aventuras de Luis Aury, pasando por la fiebre corsaria que caracterizó los últimos años del ciclo artiguista, hasta el fin de las guerras de independencia.

En efecto, la Expedición de los Cayos marca el inicio del gran auge del corso hispanoamericano. Muy famoso es el episodio de la Asamblea general (febrero de 1816) en que Simón Bolívar resultó elegido jefe único de la expedición que marcharía a libertar a Venezuela, y no menos conocido es que Luis Aury, con toda su flota de corsarios, se negó a reconocer la autoridad del Libertador. La situación fue salvada por el comerciante curazoleño Luis Brión, también al

frente de una fuerza naval importante, y Bolívar, apoyado por el presidente Petion, pudo impedir que Aury se hiciese a la vela llevándose una gran parte de las tripulaciones. Desde ese momento quedó entablada una enemistad de por vida entre el Libertador y el corsario francés, y un odio mortal entre Brión y Aury. Este, necesitando urgentemente una bandera que legitimara sus actos, se enroló en la expedición que proyectaba Francisco Javier Mina sobre México, para instalarse sucesivamente en Galveston, la isla Amelia y el archipiélago de San Andrés y Providencia, y terminar actuando bajo la bandera de los presuntos "Estados Unidos de Buenos Aires y Chile" hasta 1821. Aury se llevó con él a capitanes muy experimentados en las faenas del corso: Collot, J. Du Caylá, los Lafitte, Nicolás Mauricio Joly, Alexandre, Dominique Diron, Sauvinet, Bouchard, France: "todos hombres de acción y antiguos marinos de nuestros navíos incendiados en los Estados Unidos".⁸ Entre ellos hay que contar a Luis Peru de Lacroix, quien habría de actuar como secretario de Aury hasta el 22 de enero de 1821, momento en que se dirigió a Bolívar para denunciar que aquél intentaba entenderse con el general José de San Martín para apoderarse del istmo de Panamá.⁹ Peru de Lacroix se mantuvo después de esto en el estado mayor de Bolívar con el grado de coronel, y acompañó a su jefe en Bucaramanga durante los días críticos de la Convención de Ocaña. De allí salieron los apuntes que más tarde dieron forma al controvertido *Diario de Bucaramanga*, obra que dio más fama a Peru de Lacroix que todo su pasado de corsario.

Pero no todos los franceses se fueron con Aury. De las siete embarcaciones que constituían la fuerza naval de la expedición, *cinco* estaban comandadas por franceses: la nave comandanta, goleta "General Bolívar", capitán René Beluche; la goleta "General Mariño", Vicente Dubouil (a veces nombrado como Thomas Dubouille, o Doobyl, o Duvil, etc.); la goleta "Constitución", Jean Monnier (o Monié); la goleta "Feliz", Charles Leauminet (o Lauminet, o Lominé); y la goleta "Conejo", bajo el mando de un avezado ejemplar de pirata corsario: el misterioso Mr. Caze, quien en esa ocasión usaba el alias de Bernardo Ferrero y más tarde, al trabajar para Aury, adoptaría el de Charles Bernard.¹⁰ El comandante en jefe de la escuadra patriota, a bordo de la "Constitución", era el ya mencionado Agustín Gustavo Villaret. Y en el estado mayor de Bolívar, con el grado de coronel, iba el conocido Henry La Fayette Villauime Ducoudray-Holstein. Hablemos de él.

Ducoudray había luchado en la Revolución Francesa, llegando a un grado de suboficial. Fue luego capitán en el ejército de Napoleón, y en 1813 viajó a América, ingresando al servicio de Luis Aury. Cuando el comodoro, a fines de 1814, ofreció su escuadrilla para defender al Estado Soberano de Cartagena, Ducoudray pasó a servir como jefe de la artillería en las fortalezas de Bocachi-

ca. Como su jefe Aury, y como los demás voluntarios franceses en esa ocasión, apoyó al brigadier Manuel Castillo en el fatal conflicto entre éste y Simón Bolívar. Caída Cartagena en manos del Pacificador Morillo, logró escapar a Haití y participó en la Asamblea de Los Cayos, votando allí en contra del Libertador. Pese a la retirada de su jefe Aury, pidió que se le permitiera participar en la expedición, pero al poco tiempo se separó de Bolívar para unirse de nuevo al comodoro Aury. Años después, en 1829, publicó el libro que habría de servir de fuente a Carlos Marx para escribir su opúsculo contra Bolívar. Pero no es eso lo que hace importante a Ducoudray, pese a que así se ha sostenido. La historia puede prescindir tanto de su libro como del artículo de Marx. Pero una carta dirigida por las autoridades de Puerto Rico al gobernador de la colonia sueca de San Bartolomé nos da cuenta de algunos otros méritos de Ducoudray. Dice en parte:

"...De resultas de estos acontecimientos [la caída de Cartagena] y cargado con el odio y execración de Bolívar, Ducoudray se trasladó á la Isla de Curazao en donde residió por más de tres años ocupado en dar lecciones de piano y del idioma francés hasta principios del presente en que desapareció sin saberse en el publico su destino.

El partió para los Estados-Unidos en donde le esperaba una reunión de hombres perdidos que buscan su fortuna en el desorden, y se puso á la cabeza de sus maquinaciones. Engañaron allí con promesas lisongeras, ó estaban en sus proyectos estimulados de su codicia algunas casas de comercio que adelantaron para los aprestos de la expedición la cantidad de 350.000 pesos segun se nos asegura.

Puesto todo en disposición de hacerse á la vela la dieron desde diversos puntos de aquel continente nueve buques llevando á su bordo un enorme número de armas y municiones de guerra y 500 hombres entre tropa y oficiales. Devían reunirse en estos mares y sobre la Isla de San Bartolomé de la cual y de las de Sta. Cruz y Sn. Tomas devían reunir otros doscientos.

Estos buques hicieron su navegacion; pero sea por un temporal como dicen unos, sea por la presencia de una Fragata Francesa como quieren otros, ello es que el 18 del mes próximo pasado arribaron á Curazao el Bergantín Americano María y el Bergantín Goleta Sagarota (éste en muy mal estado) ambos de la referida expedición.

Aquel Gobierno lleno de prudencia y circunspeccion tomó conocimiento de los buques y dio ordenes para su descarga. Venían en ellos el citado Ducoudray, cinco Coroneles, un Intendente, dos Tesoreros y cerca de 100 oficiales gente advenediza, aventurera y que aún en su solo exterior manifestaban sus verdaderas circunstancias; gentes de todas naciones y colores, y de aquellas que corren la tierra en solicitud de mantenerse á costa de los demas.

El 25 en el curso de la descarga se encontraron un Cajón de proclamas y otro de escarapelas de cuatro colores y entonces, el Capitán General de la Isla, cierto del origen de la expedición, hizo poner en la Carcel al expresado Ducoudray, y embargar los buques de que entre otros numerosos artículos de guerra se han desembarcado, según se nos dice, seis mil fusiles.

...Esta expedición, aunque partida, nutrida y criada en los Estados-Unidos, tiene y reconoce por su principal agente al Presidente de Haytí Boyer, este hombre peligroso, que aspira á la subversión de todos los pueblos vecinos para asegurar su independencia, y aun la de todo el Archipiélago de las Antillas. Así el alma de sus proyectos está en la igualdad de los colores, y el sistema de gobierno modelado por el de la Isla de Sto. Domingo."

Firmaban esta carta el Capitán General de Puerto Rico, Miguel de Latorre, y el Jefe Superior Político, Francisco González de Linares.¹¹

Según esta información, pues, Ducoudray pretendía extender el incendio de la revolución negra en el Caribe, comenzando por Puerto Rico. España estaba realmente alarmada, pues el 9 de noviembre de 1822 se expidieron instrucciones desde la metrópoli "con motivo de la noticia de que 700 franceses y alemanes, a las órdenes del General alemán (?) Ducoudray Holstein, han salido de Boston, con dirección a la isla danesa de Santo Tomás, con dos goletas y siete más que se le reunirán en la isla..."¹² Pero estos buenos propósitos duraron poco: el 25 de septiembre, como vimos, fue detenido Ducoudray por las autoridades de Curazao; y ya el día 3 de octubre estaba navegando con una falsa patente de corsario holandés, dedicado a los azares de la piratería, sin duda más provechosos que los de la revolución.¹³ Que el gobierno colonial de Curazao haya dejado en libertad a Ducoudray después de algunos días de cárcel indica que sí se trataba de un pirata (y, como tal, miembro de número de la sociedad establecida), y no de un enemigo del orden existente.

Muchos otros franceses merecerían más amplia atención en estas páginas:

- Los hermanos Bastigue y Joseph Bellegarde, ambos participantes en la batalla del Lago de Maracaibo, en el curso de la cual murió el primero de ellos, siendo comandante del barco "Antonia Manuela";
- René Beluche, corsario bajo las órdenes de los Lafitte desde la época de la célebre "república de Barataria". El presidente del Estado de Cartagena, Manuel Rodríguez Torices, le otorgó patente de corso en 1812. Segundo al mando en la Expedición de los Cayos, ascendido a capitán de navío después del combate de los Frailes. Llegó a ser Comodoro. Participó en la batalla del Lago de Maracaibo. Al mando de un escuadrón de seis barcos de guerra transportó 500 hombres de tropa para el asalto a Puerto Cabello, a fi-

nes de 1823. Fue designado segundo comandante de la Escuadra. En 1824 comandaba la corbeta de guerra "Bolívar";

•
Henri Bertmon, Capitán de navío, herido en la batalla del Lago de Maracaibo;

•
Juan Bautista Bideau, corsario desde la época de la primera República de Venezuela, salvó la vida a Simón Bolívar durante el desastre de Ocumare. Capitán de Navío;

•
Vicente Dubouil, a quien ya hemos visto en Los Cayos, en 1816; propietario de la goleta "Diana", después rebautizada con el nombre de "General Mariño", participó en la batalla de Los Frailes, capturando a la goleta de guerra española "La Rita" (2 de mayo de 1816). Participó en el combate naval de Barcelona (27 de febrero de 1817). En octubre de 1817 era ya Capitán de Fragata de la Escuadra Nacional. Tuvo el mando del bergantín de guerra "Orinoco";

•
y tantos otros para cuyos nombres apenas tenemos espacio: Hipólito Bouchard (con bandera de Buenos Aires, en aguas del Pacífico), Jean M. Au, Janot (o Jeannot), Severo Courtois (sucesor del comodoro Luis Aury en el establecimiento de Nueva Providencia), Julien Joupat, Pigot, Lemerre (al servicio de Francisco de Miranda en 1812), Puquet, Trillon Trillet, Souffien, Loustalet, y ese enigmático Barbe-en-fume (o Barbanfume, o simplemente Barbanfán), cuyo nombre verdadero no se ha logrado averiguar.¹⁴

En cuanto a las tripulaciones, éstas eran casi siempre una mezcla abigarrada de todas las nacionalidades, razas y colores. Sin embargo uno de estos corsarios, Pedro D'Autant (o Doutan), tenía a bordo de sus naves una marinería casi exclusivamente francesa, y todas las órdenes se daban en francés.¹⁵

Estos fueron los hombres que contribuyeron a paralizar el comercio español y portugués, pero además crearon los canales del moderno comercio caribeño. Ellos llegaban a las islas de las Antillas con mercaderías sudamericanas (en especial mulas, cueros y sebos, efectos preferidos para el pago de los suministros de armas), y con productos agrícolas y manufacturas de los Estados Unidos. Los comerciantes locales usaban las mercancías de contrabando hispanoamericano para pagar sus compras de bienes norteamericanos, y entre ellos y los corsarios había firmes y sólidas relaciones de negocios. Así por ejemplo José Almeida, viejo corsario de Artigas, llegó a ser en la década de 1820 un comerciante establecido y respetado en San Bartolomé, y tenía allí un depósito de mercaderías en donde se mezclaban los productos de compraventa, los bo-

tines de presa corsaria y el fruto de una que otra piratería.¹⁶ Veamos más de cerca este aspecto de la historia del corso.

UNA BASE PARA OPERACIONES "MARGINALES"

En carta al Secretario de Estado de los Estados Unidos decía César A. Rodney en 1818 que los corsarios de Artigas "están sujetos a muy estrictos reglamentos". En efecto, desde 1816 regía para ellos un severo Reglamento General del Corso que era todavía reconocido en 1821, cuando Artigas ya no tenía poder alguno.¹⁷ Los bolivarianos estaban sujetos al Reglamento del 4 de marzo de 1817 y a las ordenanzas de corso del régimen español que no estuviesen revocadas por decretos posteriores; y más tarde, a la Ordenanza Provisional de Corso dictada por el vicepresidente Francisco de Paula Santander en cumplimiento de la Ley del 4 de octubre de 1821.

Las presas que cumplían con las condiciones expresadas en la reglamentación del corso, eran presentadas para su condena, o bien en los tribunales de Almirantazgo (Juan Griego primero, y luego las Cortes de Angostura y Margarita), o bien en los "tribunales de presas" existentes en algunas colonias de las Antillas (San Bartolomé, Santo Tomás, Grenada) o en otros puertos de la región (Nueva Orleans, Galveston) o bien, caso muy común, en los tribunales ordinarios de los puertos norteamericanos (Norfolk, Savannah, Charleston, Baltimore).

Pero cuando las presas eran ilegales (sea porque el barco capturado fuese neutral, sea porque los captores careciesen de patente en regla), era preciso recurrir a puertos amigos, en donde las autoridades y el comercio local se beneficiaban con parte del botín, por vías directas o indirectas.

La colonia sueca de San Bartolomé era un lugar ideal para esas operaciones.¹⁸ Para no hablar de los innumerables episodios ocurridos durante la época de la Revolución Francesa (y la de Haití), mencionemos que cuando la expedición bolivariana que había zarpado de los Cayos navegaba hacia Venezuela, se avistó una goleta española que fue inmediatamente capturada por la "General Mariño" comandada por Vicente Dubouil, "mandándose vender su cargamento en la isla de San Bartolomé"¹⁹ en donde, como se ve, se aceptaban presas hechas por una república cuyo único territorio eran siete navíos y cuya sede de gobierno era una goleta en alta mar.

La isla, de 21 kilómetros cuadrados, había sido cedida por Francia en 1783, y habría de volver a poder de Francia en 1878. Bajo el dominio sueco la población creció y prosperó cada vez que se cumplieron las siguientes condiciones:

1) Estado de guerra en la región; 2) Neutralidad sueca; 3) Tolerancia frente al corso, el contrabando y a veces la piratería; 4) Ventas de armas a los beligerantes, a veces empleando intermediarios para evitar conflictos diplomáticos; y 5) Servicio de reabastecimientos, equipos y reparaciones navieras a corsarios, contrabandistas y negreros.

La neutralidad abría el puerto de Gustavia a todas las banderas; allí se encontraban los más eficientes artesanos y trabajadores especializados para el armamento y reparación de barcos; y a poca distancia de la isla, dentro de su jurisdicción, el pequeño islote de La Fourchue o *Five Islands* era un lugar perfecto para transacciones de contrabando, pues las autoridades suecas podían alegar que no tenían fuerzas para impedir la presencia de corsarios allí, y al mismo tiempo rechazar todo intento de intervención por parte de otras potencias, bajo el pretexto de soberanía. De hecho, la única restricción impuesta a los corsarios, especialmente a partir del momento en que la isla quedó bajo el control del Príncipe Heredero (Bernadotte), en 1812, fue la expresa prohibición de realizar trata negrera. Cuando un corsario capturaba una nave negrera, se dirigía a Guadalupe, Martinica o Santo Tomás, donde los esclavos eran vendidos en remate sin que las autoridades locales se preocupasen siquiera de averiguar su procedencia. La fuerza de trabajo escaseaba siempre en épocas de cosecha, y las grandes plantaciones de las Antillas llegaron a ser buenos clientes de la revolución hispanoamericana por la vía del corso.

Pero San Bartolomé no tenía grandes plantaciones. Su economía se basaba en el comercio. Y donde hay guerra, hay comercio de armas, herramientas, pólvora y hierro. Por eso, al nombrar a Johan Norderling como gobernador de la isla en 1819, el recién coronado Bernadotte (Carl XIV Johan) dio órdenes expresas para que se destinara "un armamento completo de cañones, armas, pólvora y otras municiones de guerra, por un valor considerable", con el objeto de "vender esos efectos en beneficio de la Caja Colonial". Al mismo tiempo se dieron a Norderling instrucciones para que ampliase, por medio de los comerciantes de la isla y sin comprometer directamente a la corona, las relaciones económicas con los revolucionarios sudamericanos.²⁰

Pocos meses después informaba Norderling: "Desde que comencé a hacer la vista gorda con Cinco Islas [La Fourchue], esto rebosa de doblones y piastras redondas... Centenares de marineros se han bebido y for...[nicado] aquí todo su salario, de 6 a 10, 20 y 30 doblones por cabeza. Tiendas que estaban cerradas aparecen ahora con bien abastecidas estanterías; los pobres pagan sus deudas y los ricos no se han portado en esto con negligencia. Las mercaderías llegan aquí bajo bandera americana u holandesa, por la cual pagan después en San Eustaquio entre 400 y 600 piastras".²¹ Y en el mismo documento decía ha-

llarse en conflicto con el almirante francés Duperré, debido a que se había apoderado de "un corsario venezolano y de su barco-presa, los que estaban anclados en Cinco Islas [La Fourchue], y los cuales yo, naturalmente, reclamé de inmediato. El almirante me ofreció devolverlos, si yo aceptaba secuestrar los barcos y expulsar al corsario. Esto ni me correspondía ni podía yo prometerlo, pues los meses del huracán se acercan, y el Capitán corsario se mantenía escondido. Lo mejor de la historia es que recientemente el corsario desembarcó en Guadalupe la carga de su presa, 197 negros de la costa, y que el barco-presa ha estado anclado con este objeto durante tres días, a la vista de toda la isla, de la Escuadra del señor Duperré, de la policía y de los Guardacostas".

Episodios como éste se repitieron con frecuencia entre 1820 y 1825, pero aquí nos basta con este ejemplo.²²

SAN BARTOLOME Y LOS CORSARIOS DE ORIGEN FRANCES

Ahora bien, una parte de la población de San Bartolomé era de origen francés. Algunas de sus más importantes casas comerciales tenían viejos vínculos con las colonias francesas, y no siempre del lado aristocrático: la casa de los Bigard había tenido, por ejemplo, la representación oficial de Víctor Hugues durante el período revolucionario. Tanto por razones comerciales como políticas, pues, había en la isla condiciones favorables para los corsarios de habla francesa: en 1822, un escandalizado ciudadano escribía a la metrópoli para denunciar que entre los miembros del Consejo se contaban personas como William Haddocks, "agente del *bergantín corsario de Buenos Aires Independencia*, que en este momento tiene una presa ante el puerto!", o como Dejoye, "agente de la mayoría de los piratas que frecuentan este puerto, particularmente el *notorio Debouille*", quien se ha asegurado la protección de Norderling mediante "una donación de 10.000 dólares españoles".²³ Por esos mismos días, un antiguo miembro del Consejo, Erik Dalbeck, en conflicto con el gobernador, escribió una extensa carta a Wetterstedt enumerando los abusos de Norderling y señalando que el poder concentrado en manos del juez y del gobernador se basaba en "las relaciones que son propias de su status en la sociedad, *sea como comerciantes vinculados al comercio ilícito de los corsarios* como por su grado en la Milicia..." Dalbeck incluyó además una lista de las sumas que los corsarios habían pagado a Norderling a cambio de sus favores. Hallamos nom-

bres conocidos: Dubouil pagó 10.000 "gordas efectivas" (dólares españoles); D'Autant, 1.200; "Jolly, Pirata", 6.000; Debouge, 1.000; Bugait, 1.000; "Bernard, Pirata", 3.000; etc.²⁴

Uno de estos hombres sobresale en la lista: el francés Nicolás Joly. Antiguo oficial de Luis Aury, se pasó a las filas del corso bolivariano en 1818. Se casó con una hermana del general Juan Bautista Arismendi con el propósito explícito de mejorar su imagen ante el mando bolivariano, y estableció un jugoso negocio de corso con su cuñado, quien además de ser propietario de navíos tenía influencia sobre el Tribunal del Almirantazgo, en su carácter de general del Ejército Libertador y gobernador de la isla de Margarita. Usaba a veces la bandera de Aury (sin permiso) para capturar naves neutrales y su cuñado Arismendi legalizaba las presas.²⁵ Joly residía en San Bartolomé, en donde negociaba sus presas ilegales, sin dejar de vivir oficialmente en Venezuela, donde funcionaba como capitán de la marina patriota.²⁶

No es posible dudar de la hospitalidad con que se recibía a Joly en San Bartolomé. En carta a Bolívar, fechada el 25-01-1819, nos ha dejado él mismo datos elocuentes: "salgo al momento en la corbeta de la República *Victoria*, que mando, teniendo al mismo tiempo bajo mis órdenes los buques cuyos nombres siguen: el bergantín *Libertador*, las goletas *Españana*, *Bruto*, y *Favorita*. Me dirijo a San Bartolomé, para unir a la misma División *el hermoso bergantín de dieciocho cañones que tengo comprado, así como la goleta Belona, que dejé como crucero en dicho punto*".²⁷ Tres años después, con ocasión de una protesta que el almirante francés Donzelot, gobernador de la Martinica, presentó ante el gobernador de San Bartolomé en 1822, a causa de las piraterías de Joly, respondió Norderling: "El Sr. Joly reside aquí por intervalos, desde hace aproximadamente un año, con su esposa (una hermana del General Arismendi) y un hijo. Yo creo que él ha sido Comodoro al servicio de Colombia, y *puede ser que todavía lo sea*. Cuando llegó aquí por primera vez comandaba un bergantín muy grande, que poco tiempo después tenía necesidad de grandes reparaciones. No habiendo obtenido mi permiso de hacerlas en este puerto, fue obligado a enviar su nave a Nueva York, de donde, se dice, la espera para regresar a la Costa Firme. En cuanto a los vínculos y operaciones del Sr. Joly en otros países, casi nada puedo decir, y esos no son asuntos míos; pero Vuestra Excelencia puede estar persuadida de que en esta colonia no se permite a nadie el saqueo de naves capturadas".²⁸

Joly cenaba "con frecuencia" a la mesa de Norderling, "y ha sido últimamente invitado a cenar en la celebración del *cumpleaños de Su Majestad*".²⁹ Pero también "continuó prestando sin interrupción importantísimos servicios a la República hasta el 10 de junio de 1831".³⁰ Poco después abandonó definitivamente a San Bartolomé, y la causa de ello se encuentra en un documento

del Consejo de Gobierno escrito muchos años antes, al fin de las guerras napoleónicas: "En vano quisiéramos negar que la guerra... ha levantado nuestro pedazo de roca a la altura de su prosperidad, y que la paz general... amenaza con socavar la nueva vida de la Colonia, que aún no ha echado raíces, y talvez con retrotraer a la isla a su primera nada..."³¹

El fin de las guerras de independencia trajo la paz al Caribe, e hizo volver a San Bartolomé y a muchos corsarios a "su primera nada"; pero Nicolás Joly regresó a Venezuela y continuó allí, gracias a sus excelentes relaciones familiares y políticas, su brillante carrera de marino. Murió en 1848, y se le rindieron honores de prócer.

Notas

Este trabajo fue presentado en el Coloquio Internacional "L'Amérique Latine Face à la Révolution Française", Paris-Sorbonne, 28 a 30 de junio de 1989, organizado por la Association Française de Sciences Sociales sur l'Amérique Latine.

¹ Debo agradecer por ello al rey de Suecia, Carlos XVI Gustavo, por haberme permitido examinar el archivo de la familia Bernadotte; al director de la Biblioteca del Palacio Real de Estocolmo, Dr. Adam Heymowski; al Dr. Ingemar Carlsson, del Archivo Nacional de Suecia, y a las autoridades de la Biblioteca Real y del Archivo Militar de Estocolmo.

² Manuel Palacio Fajardo, *Bosquejo de la Revolución en la América Española*, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1953, pp. 205-206. Traducción de la primera edición (en inglés, London, 1817) por Carlos Pi Sunyer.

³ De Luis Aury, el más conocido de los corsarios de la independencia hispanoamericana, me ocupo aquí marginalmente; el solo recuento de sus aventuras excedería el espacio de que dispongo, y significaría relatar hechos que deben darse por sabidos. Para una bibliografía básica sobre Aury, ver: Agustín Codazzi, *Memorias*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, s/f; Stanley Faye, "Comodore Aury", *The Louisiana Historical Quarterly*, vol. 24 (1941), N° 3; Vicente Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, New York, 1950; Raimundo Rivas, *El corso y la piratería en Colombia*, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1943; Lewis Winkler Bealer, *Los corsarios de Buenos Aires, sus actividades en las guerras hispanoamericanas de la independencia, 1815-1821*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1937; Theodore S. Currier, *Los corsarios del General San Martín*, Buenos Aires, 1929; Sergio Elías Ortiz, *Franceses en la independencia de la Gran Colombia*, Ed. ABC, Bogotá, 1971; Edmundo A. Heredia, *Los Estados Unidos de Buenos Aires y Chile en el Caribe*, Ed. Culturales Argentinas, Bs. As., 1984; y J. Duarte Ffrench, *Los tres Luises del Caribe, ¿corsarios o libertadores?*, Ancora, Bogotá, 1988.

⁴ Cf. Agustín Beraza, 1944-48, *Los corsarios de Artigas*, Revista Histórica, Publicación del Museo Histórico Nacional, Montevideo, T. XV, dic. 1944, Nos. 43-45, pp. 1 a 83; y T. XVI, dic. 1948, Nos. 46-48, pp. 1 a 354. El episodio, en p. 159.

⁵ Maurice Persat (¿1838?), *Mémoires du Commandant Persat 1806 à 1844*, Plon-Nourrit, Paris, 1910, p. 25.

⁶ Sergio Elías Ortiz, *Franceses en la independencia de la Gran Colombia*, segunda edición, Academia Colombiana de Historia, Ed. ABC, Bogotá, 1971, p. 229.

⁷ Sobre los corsarios de origen norteamericano y/o armados en Estados Unidos, ver: Charles Carroll Griffin, 1940, "Privateering from Baltimore during the Spanish American Wars of Independence," *Maryland Historical Magazine*, XXXV (1940), pp. 1-25; Currier, op. cit.; Bealer, op. cit.; Beraza, op. cit.; y A. Curtis Wilgus, "Spanish American Patriotic Activity along the Gulf Coast of the United States, 1811-1822," *Louisiana Historical Quarterly*, VIII (1925), pp. 193-215.

⁸ Persat, op. cit., p. 33. Este autor registra como oficiales de Aury en 1817 a algunos franceses que estaban con Bolívar en 1816, lo cual es posible: ya se ha dicho que los corsarios cambiaban de bandera con gran facilidad. Sobre los cayos, cf. F. A. Vargas, *Nuestros próceres navales*, Caracas, 1964, p. 19; Fco. Javier Yanes (1822), *Historia de Margarita*, Caracas, 1948, pp. 73 a 75; V. Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, Nueva York, 1950, I:412 a 428.

⁹ Cf. Jaime Duarte Ffrench, op. cit., 1988, pp. 317 y ss. La carta de Aury a San Martín, en *Archivo Santander* (24 vols.), Academia Colombiana de Historia, Ed. Aguila Negra, Bogotá, 1913-1932, vol. 6:44-45. Debe advertirse que antes de entrar en contacto con San Martín, Aury solicitó su admisión en las fuerzas navales de la Gran Colombia, pero fue humillado por Brión y rechazado por Bolívar (Cf. O'Leary, *Memorias*, 18:25). Nunca será excesivo repetir que Aury, como cualquier otro corsario, necesitaba imperiosamente actuar bajo la bandera de un estado consolidado, so pena de ser perseguido como pirata.

¹⁰ Cf. Persat, op. cit., pp. 22-27, 36, 37 y ss. Otro nombre usado por este personaje fue el de Carlos Lacaze. Cf. Ortiz, op. cit., p. 219.

¹¹ Carta del Capitán General y del Jefe Supremo Político de Puerto Rico al "Exmo Señor Capitán General de la Isla de San Bartolomé", Puerto Rico, 14-10-1822. *Riksarkivet, Stockholm, St: Barthélemy samling* (en adelante RA/SB), VIII:B. Original en español, con constancia de arribo a Estocolmo el 27-02-1823.

¹² *Archivo General de Marina Don Alvaro de Bazán*, "Expediciones de Indias", N° 3.145.

¹³ *Ibid.*, N° 3.586: Informe del comandante Angel Laborde, Curazao, 3-10-1822.

¹⁴ Datos de: Hasbrouck (1928), *Foreign Legionaries in the Liberation of Spanish South America*, New York, 1969, pp. 288 y 346-47; P. A. Vargas, 1964, op. cit.; V. Lecuna, 1950, op. cit.; Sergio Elías Ortiz, 1961, op. cit.; Yanes (1822), *Historia de Margarita*, Caracas, 1948; y RA/SB.

¹⁵ Beraza, op. cit., 1948, p. 57. Cf. otro caso, comandante no mencionado, *ibid.*, p. 146.

¹⁶ "Lista de los comerciantes o personas similares que tienen depósitos (de los así llamados magazines) abiertos". Minuta original en sueco, RA/SB, IX:A. Sin fecha, pero adjunta a documentos de 1825. En la lista figuran varios franceses, entre ellos Mr. Dejoye, quien puede te-

ner relación con un corsario grancolombiano del mismo apellido.

¹⁷ Cf. Beraza, op. cit., 1944, pp. 34-41.

¹⁸ Aparte de la colección de documentos existente en el Archivo Nacional de Suecia (RA/SB), las principales fuentes para los temas aludidos en esta sección son: *The Report of Saint Bartholomew*, semanario, Gustavia, 1804-19, Printed by John Allan. Kungliga Biblioteket, Stockholm; I. Åberg, 1965, *St. Barthélemy 1784-1878*, (manuscrito inédito), Barthélemy-Sällskapet (Sociedad de San Bartolomé), Biblioteca del Instituto de Estudios Latinoamericanos, Estocolmo; O. Baulny, 1966, "Bernadotte et l'Indépendance de l'Amérique méridionale", *Bulletin du Musée Bernadotte*, N° 11, Société des Amis du Musée Bernadotte, Pau, 1966, pp. 16 a 53; Oliver Baulny, 1978, "Bernadotte et l'île de Saint-Barthélemy", *Bulletin du Musée Bernadotte*, Nos. 23-24, Société des Amis du Musée Bernadotte, Pau, 1978-1979, pp. 25 a 33; E. Ekman, 1964, "St. Barthélemy and the French Revolution", *Caribbean Studies*, Vol. 3, N° 4, San Juan, Puerto Rico, enero de 1964, pp. 17 a 29; I. Hildebrand, 1951, *Den svenska kolonin St. Barthélemy och Västindiska Kompaniet fram till 1796*, A. B. Ph. Lindstedts universitetsbokhandel, Lund-Växjö; y Carlos Vidales, *Bernadotte, San Bartolomé y los Insurgentes de Tierra Firme*, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Estocolmo, 1988.

¹⁹ Yanes, 1822, op. cit., pp. 76 y 77.

²⁰ Instrucciones del rey a Johan Norderling, 06-05-1819. *Rikssarkivet*, Stockholm, Statsrådsprotokoll, Kolonialärenden. Original en francés. Traducido y publicado en su mayor parte en español por Carlos Vidales, *Bernadotte, San Bartolomé y los Insurgentes de Tierra Firme*, Estocolmo, 1988, pp. 32 a 34.

²¹ Norderling al secretario del gabinete, conde de Wetterstedt, Gustavia, 03-07-1820, RA/SB, VII. Original en sueco. El lenguaje directo, casi brutal, de Norderling, se repite en todos sus informes, y constituye una excelente muestra de las descarnadas relaciones socioculturales propias de un establecimiento comercial antillano de la época.

²² Cf. documentos en RA/SB, VIII:A a IX:A.

²³ Carta firmada "A Burgher", dirigida al conde de Wetterstedt, sin fecha de escritura pero con sello de expedición en St. Kitts, 25-04-1822. RA/SB, VIII:A. Original en inglés. Los subrayados son del original.

²⁴ Erik Dalbeck a Wetterstedt, Gustavia, 03-04-1822. RA/SB, VIII:A. Para la lista completa, ver Carlos Vidales, op. cit., p. 41.

²⁵ P. ej. la goleta norteamericana "Paloma" (20-07-1818). Cf. J. Vivian, "The Paloma claim in United States and Venezuelan-Colombian relations, 1818-1826", *Caribbean Studies*, vol. 14, N° 4, San Juan, enero 1975, pp. 57 a 72.

²⁶ Vargas, 1964, pp. 291 a 297, presenta una biografía muy elogiosa de Joly; entre sus contemporáneos, Yanes, 1822, p. 152, lo llama "bravo y generoso marino", mientras que Bergius, *Om Västindien*, Stockholm 1819, le otorga el primer lugar entre los corsarios que "se han hecho famosos por las crueldades que han cometido y las riquezas que han acumulado" (p. 144).

²⁷ Nicolás Joly a Bolívar, 25-01-1819, DL, 15:34-35; y O'Leary, *Memorias*, 16:203-204. En la misma carta se incluye un informe sobre el número de hombres a bordo de los buques de la División, cuyo total era de 792.

²⁸ Johan Norderling al general conde de Donzelot, gobernador de Martinica, Gustavia, 06-05-1822. En francés. *RA/SB*, VIII:A. En la misma carta dice Norderling que no puede entregar a Víctor Herpin, francés, capitán corsario reclamado por Donzelot, porque otro francés, Pinau, "autorizado con poder de Loreto Arismendi (hermano del General de este nombre)... ha intercedido por Herpin".

²⁹ "A Burgher", carta citada.

³⁰ P. A. Vargas, 1964, op. cit., p. 295.

³¹ Acta de la sesión del Consejo de Gobierno, Gustavia, 20-04-1816. Firmada por el Presidente de la Corte de Justicia, F. L. Thenstedt. Cf. Åberg, 1965, I:173-174.